

Sobre la tendencia a dividiernos

2020-03-19

(Traducción)



Genero
problematika

AMETS SARASUA

«La ambigüedad de los gritos feministas ha suscitado debate, y la irracionalidad del debate, por su parte, enemistad. Cada una se fortifica en su trinchera: todas jugamos contra todas. He de decir que esta no es la única tendencia y que el feminismo aún dispone de fuerza conciliadora en Euskal Herria»

Poco le ha durado al feminismo la capacidad de presentarnos a todas como hermanas. La euforia se calma y ponemos en tela de juicio la perspectiva. Se está perdiendo el atractivo que antes tenía el formar parte de una «comunidad»; ya no nos valen definiciones abstractas de las opresiones, ni tampoco invitaciones motivadoras para ser feministas.

Parece ser que están floreciendo las carencias de la interseccionalidad. Insisten en que «la realidad es un embrollo», resumiendo así la complejidad de la realidad mediante una madeja. Sin embargo, a las trabajadoras nos vienen a la mente preguntas concretas; no nos conformamos con la abstracción. Deseamos entender las causas de nuestro modo de vida y saber lo que debemos hacer para salir de él. Buscamos respuestas.

Los debates sobre medidas concretas se han multiplicado: qué hacer, cómo, con quién... Gracias a las actitudes que cada una adopta ante estas preguntas, está quedando claro qué tipo de voluntad y compromiso dispone cada una para trabajar este asunto. Al gritar juntas «¡gora borroka feminista!» (arriba la lucha feminista), nos sentimos nosotras, como si todas fuéramos a una. No obstante, cuando indagamos en el significado de esta «lucha» nos encontramos con que, en lugar de ser una única fuerza, estamos divididas y enemistadas las unas con las otras.

La ambigüedad de los gritos feministas ha suscitado debate, y la irracionalidad del debate, por su parte, enemistad. Cada una se fortifica en su trinchera: todas jugamos contra todas. He de decir que esta no es la única tendencia y que el feminismo aún dispone de fuerza conciliadora en Euskal Herria, pero es una tendencia cada vez más común, la cual es visible, por ejemplo, entre: los grupos que incitan al odio hacia los hombres y grupos que proclaman los derechos de los hombres trans; las que hacen defensa de la prostitución y las abolucionistas; las que defienden la feminidad y las transfeministas...

Es preocupante. Y no porque el feminismo tenga una enemistad interna (lo cual, por cierto, es lógico dado que defendemos intereses de clase contrapuestas). Es preocupante porque la clase trabajadora se encuentra en enemistad política. Ahora nos alarmamos porque vemos división donde antes había unión, pero qué nos esperábamos, es normal y concuerda precisamente con las tres consignas principales que ha difundido el feminismo en Euskal Herria en los últimos años: «El objetivo es combatir las expresiones de la opresión», «la opinión de cada una proviene de su experiencia» y «todos somos opresores y opresoras».

Me gustaría centrarme en este último mensaje, ya que ha sido uno de los argumentos principales que ha suscitado el presente caos político. Es innegable que todas nos aprovechamos de los medios a nuestra disposición, aún a sabiendas de que estas opciones se fundan sobre el sufrimiento de gente de nuestra clase. Vivimos en un Euskal Herria que sí, se encuentra en decadencia, pero que sigue formando parte del Centro Imperialista, lo cual no es gratuito. Sí, tenemos el deber de responsabilizarnos de nuestros actos y las consecuencias derivadas de ellos, pero es una irresponsabilidad abismal apelar a la iniciativa feminista individual y empezar a culpabilizar a la otra por sus «privilegios»: «no compres productos fabricados por las mujeres de Bangladesh; no contrates a interinas; no mantengas relaciones heterosexuales; en un debate no respondas a una mujer racializada; no seas mujer, sé trans; respeta si una mujer proletaria decide prostituirse...»

La importancia de los pequeños gestos es evidente, pero la meta de estos actos cotidianos debe ser la obtención del control sobre la reproducción por parte de las trabajadoras, no la autocomplacencia. Por lo tanto, hay que valorar si es viable insertar estos pequeños gestos en todos los estratos de la clase desposeída: la adquisición de productos locales y ecológicos no cobra el mismo valor para una trabajadora que viva en Antiguo o en Beraun; no podemos gestionar de la misma manera el cuidado de nuestros hijos e hijas siendo de la aristocracia obrera o proletarias... Por otra parte, no se debe olvidar la capacidad de influencia de cada uno de estos actos; en efecto, llevar puesta una *chapa* o apoyar la lucha de nuestras compañeras no tiene las mismas consecuencias. Algunos pequeños gestos colaboran en la organización de la revolución, pero no todos.

Se ha engendrado el caos conceptual y nuestra recompensa ha sido el caos organizativo y político. Como se suele decir, «una muerte anunciada». Y frente a esto, ¿qué hacemos? Voy a mencionar dos puntos a considerar. Por una parte, y en relación a lo mencionado anteriormente, dejemos de hacer campaña contra los privilegios que no denominan destinatarios o actitudes concretas y realicemos un análisis exacto de la reproducción de la sociedad burguesa que llevamos a cabo los trabajadores: identifiquemos las figuras disciplinarias y enumeremos tanto sus funciones como los mecanismos que emplean.

Y, sobre todo, debemos crear herramientas colectivas para superar dichas figuras disciplinarias (y, en general, cualquier actitud opresora). Echándonos en cara frases como «debes renunciar a tus privilegios», no lograremos terminar con maridos autoritarios, gerentes agresores, compañeros que nos evalúan, ni con cualquier actitud machista generalizada. No se puede organizar la unión de clase con los medios y la voluntad de cada uno. Por eso, es indispensable situar la lucha contra la problemática de género dentro del marco del proceso socialista, para, así, mediante una cultura socialista, poder acordar ciertas actitudes y métodos para luego hacerlas cumplir.

Por otra parte, lo segundo que tenemos que hacer para enfrentarnos a este estado de caos, es neutralizar la jugada de utilizar la necesidad de diversificación de las capacidades del feminismo de clase como excusa para producir enemistades en el proletariado. Se ha impulsado que cada una entienda su opresión como la más importante, que cada una forme un sujeto, que actúe a su antojo... Ahora estamos peleadas: sea por la falta de voluntad de superar la opinión o el protagonismo, o sea por la falta de compromiso de superar la atomización y formar la unión de clase que exige la lucha a favor de las trabajadoras.

Quiero pensar que no todo es cuestión de moda, y que cuando las postmodernistas se autodenominan como «feministas de clase», están expresando que disponen de una inercia revolucionaria. Infinidad de veces se nos ha reprochado que debemos decidir con consenso la razón por la que debemos trabajar las opresiones y con qué fin debemos organizar las subjetividades. Creamos, entonces, espacios para ello. Unámonos para hacer política, para decidir qué y cómo hacerlo, para enfrentarnos a la problemática de género impuesta por el capitalismo y organizar la lucha a favor de la libertad de género/sexo desde una óptica proletaria. El feminismo nos ha unido con mujeres burguesas, para así dividirnos entre los trabajadores. Unamos el odio de clase y organicemos la solidaridad de clase, para que ninguna trabajadora se quede en el camino.